Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX | San José, Costa Rica | 1957 | Enero 20 | Nº 12

Año 36. — Nº 1175

Ha muerto un gran poeta boliviano

(En Rep. Amer. *Como atención del autor*)



Franz Tamayo

(Por *Amadeo de La Torre*. 1928)

Ha muerto Franz Tamayo!

La noticia insólita nos llena de congoja, porque el nombre de este Poeta cumbre entre las cumbres es, para nosotros los bolivianos, como el de un Dios de la más pura belleza; es el nombre de quien condensa en sí la más nítida y la más auténtica expresión del intelecto y de la espiritualidad.

Nacido entre las breñas, en ese hervor de montañas que es La Paz, parece que la montaña le hubiera dado su fuerza granítica, que le hubiera insuflado su aliento telúrico y le hubiera trasmitido la señera apariencia de su hieratismo, de su soledad y su aislamiento pleno de armonías...

Porque Tamayo no fue solamente un hombre: fue la poesía misma, el pensamiento mismo que un día se pusieron a andar adoptando la forma corpórea!

Si Tamayo no hubiera sido de granito, si su poesía no hubiera sido la poesía telúrica que sólo comprenden los cóndores, la paja brava, las tormentas, los aludes y el silencio de la Puna, Tamayo habría sido el más citado, el más nombrado y alabado de los poetas de América. Si su nombre suena apenas como el eco de una tormenta captado por las antenas sutiles de la emoción, es porque no pudo ni supo ser un bardo de Juegos Florales, ni un poeta simplemente actual: como la Vida y como el Amor, necesita que pase un largo tiempo hasta que el corazón y el cerebro puedan saber su verdadero valor; como las montañas que envejecen por milenios y sólo al cabo del tiempo pueden ser holladas por nuevos medios que descubre el Hombre para poder comprender todas las cosas, así, este gran Poeta requerirá de mucho tiempo para que el pueblo cante sus versos sinfónicos.

Tamayo fue un producto fatal, genuino y quintaesenciado de la Naturaleza esquiva y terrible que son los Andes; se trataba un producto granítico; al referirme a él es como si lo hiciera a uno de los monolitos milenarios al que los Dioses le hubieran ordenado pensar, amar y sufrir...

Su obra, lógicamente, tuvo que ser incomprendida; cuando publicó "La Prometeida", aullaron los canes de la impotencia; cuando dió a luz los "Nuevos Rubayat", la incomprensión sonrió apenas y cuando los "Scherzos" fueron dichos, ya la incomprensión, avergonzada, se quedó muda.

Y la Cumbre siguió su ascensión hacia el Cielo.

Incursionó en el campo de la política, fue diputado cuantas veces quiso, Canciller de la República, Presidente electo y como artista multiforme, sus soledades fueron pobladas de notas y de armonías al interpretar en el piano a su hermano Beethoven.

Franz Tamayo encerrado en sí mismo, despreciando e ignorando al mundo, se definió así:

"Yo fuí el orgullo como se es la cumbre
Y fue mi juventud el mar que canta".

Su voz potente arrulló como una melopea terrible, cantando así:

PACHAMAMA

Lo que cifra y esclarece
el mito aymara
fue alta ciencia tan rara
que se desvanece.
Un son, un signo,
y aún ausente el espíritu
es fidedigno!

En siete versos, como en un cofre divino y taumaturgo, supo encerrar tanta filosofía, tanta verdad. He aquí otra muestra de su maestría sinfónica y autóctona:

CUSI KOYLLUR

Escenario: el Lago Sacro.
Arriba azul, allá montes
como fúlgidos bisontes
en fuga ante el simulacro.

Cerca al lacustre proscenio
roca que se esconde apenas,
y erecta en finas arenas
dice que la habita un genio.

Personajes casi huraños:
Cusi Koyllur, (flor indiana,
oro mate y rosas grana)
y un amauta de veinte años.

Es el instante silente
del eterno meridiano.
Sólo espuma y juega en vano
el lago resplandeciente.

EL AMAUTA.

Estrella de la mañana
sonrisa de la alegría!
Ola azul y aura liviana,
todos te susurran "mía"!

CUSI KOYLLUR.

Adula tu labio frívolo
como el reir del agua falsa
bajo mi planta descalza.
ten la mano, hombre multívolo!

EL AMAUTA.

Yo soy a tus pies la espuma!
A tus pies como palomas!
Y cuando a la orilla asomas
la ola crespa se perfuma!

CUSI KOYLLUR.

Calla! No me hables tan cerca!
Quema mi cara tu aliento,
y en tu ternura presiento
un querer de bestia terca!

EL AMAUTA.

Lo que te hablo es risa y lloro
de este lago sacro. Deja
que me derrame en tu oreja
como un jazmín de oro!

CUSI KOYLLUR.

No me mires así! Qué ojos
de brasas negras! Me espanta
su voz de amauta que canta
como un zagal en sonrojos!

EL AMAUTA.

Mírame en los ojos y abre
tu corpiño carmesí!
Este lago verde así
a mi barca se entreabre!

. . . .

Sintiendo el pecho desnudo
saltó la doncella arisca
como vicuña que trisca
sobre el peñasco sañudo.

Bajo el torvo acantilado
de siniestras gibas romas,
esos pies como palomas
rodaron mal de su grado.

Sin un sollozo el amante
siguió el sendero que pierde,
y al fin solo el lago verde
cantó espumando y radiante!

Todo su mundo estaba allá, en el Ande inconmesurable, él formaba parte del paisaje y lo llevaba dentro, por eso uno de sus Rubayat dice:

Montes graves, graníticas hazañas,
como inmóvil galope de montañas!
No pasaréis aunque la tierra pase!
Yo os llevo para siempre en mis entrañas!

Pero también los monolitos se estremecen de amor. No importa que el viento helado de los siglos sople inclemente sobre su pétrea armadura, no, no importa, porque dentro, como en la tierra misma, el corazón está ardiendo y sólo espera que Ella pase para encender la ascua palpitante. Así se encendió el corazón de Tamayo y así se ablandó cuajado de ternura, de tanta ternura, que cuando el amor pasó, el amante corazón enternecido dijo esta balada:

BALADA A CLARIBEL

En la desolada tarde,
Claribel,
al claror de un sol que no arde,
Claribel,
me vuelve el amante alarde,
aunque todo dice "es tarde
Claribel".

Lleva en sus alas el viento,
Claribel,
tu nombre como un lamento
CLARIBEL,
y en vano mis ansias siento
volar tras aquel concento,
Claribel.

Voz con que pía la ausencia
Claribel.
Saudade, canora ausencia,
Claribel!
Añoranza, transparencia,
que la ausencia hace presencia
Claribel!

Mar profundo y alto monte,
Claribel,
¿Es posible que tramonte
Claribel,
tras el húmedo horizonte,
y que las nieves remonte
Claribel?

El tiempo es por siempre ido,
Claribel,
y eres quizá toda olvido
Claribel!
Más yo, iluso descreído,
aún pienso que me has querido,
Claribel!

En pan amargo en que muerdo,
Claribel!
hecho está de tu recuerdo
Claribel,
Y el pasado nada cuerdo
es un sueño en que me pierdo,
Claribel!

Oh! mañana azul y rosa,
Claribel,
en que te vi mariposa,
Claribel!
Reina y mujer, niña y diosa,
oro, nácar, nieve y rosa,
Claribel!

Cantaba en el aire un ave,
"Claribel"
suave cual la suave
Claribel.
Y unía el plumado clave
dulce risa y lloro grave
CLARIBEL!

Una música escondida
CLARIBEL!
Eres por siempre en mi vida
Claribel.
Mana de mi eterna herida
leche rosa y luz florida:
Claribel!

Vierte mi labio un perfume:
Claribel,
musgo y clavel que resume
Claribel.
Mirra que eterna zahume,
óleo que no se consume,
Claribel!

De un nigromante al compás,
Claribel,
trazó en mi alma "nunca más
Claribel".
Y así a mis ojos jamás
como el alba volverás,
Claribel!

A la muerte de Tamayo, el cordaje de la paja brava ha rezado su más recóndita letanía!

Con la pérdida de este máximo artista y gran Poeta, no sólo han quedado huérfanos los intelectuales bolivianos, podemos asegurarlo sin énfasis ni chauvinismo alguno, que América toda ha perdido uno de sus más preclaros hombres: que Dios lo tenga en su Paz.

Saturnino RODRIGO
(Embajador de Bolivia).

San José, Costa Rica, agosto de 1956.

Pálpitos americanos

(En Rep. Amer.)

(—"...Y yo digo antes esto: centrados en la Constitución, guiados por los móviles de la democracia y del liberalismo, esclavos del cumplimiento del deber, que hemos jurado a la República. —Dictadura?—De nadie, sufragio universal, régimen de libre discusión, responsabilidad en los Poderes públicos, Cámara Legislativa, Poderes Constitucionales; fuera de eso, nada"... *Manuel AZAÑA*. (En el Poder y en la Oposición). Discursos Parlamentarios.

Los dramáticos pálpitos americanos nos tienen preocupados, convulsos, alertas, contritos, avizorando a retazos los sucesos de ahora.

En la República Argentina periclitaron Perón y su régimen demagógico, violento y sangrante; y advino en su lugar tras la efímera presidencia del general don Eduardo Lonardi, centrista, el movimiento revolucionario, reivindicador, avancista, que encabezan el general don Pedro Eugenio Aramburu y el contralmirante don Isaac Rojas, con el apoyo de las tres armas: ejército, armada y aviación; y con la adhesión cívica de los Partidos Radical Socialista y del sindicalismo libre, según las versiones alusivas de la radio, de revistas y periódicos.

Y en ese gran país sureño, en el Brasil, cósmico y telúrico, porque en su ámbito geográfico vasto y promisor se atesoran los gérmenes, recursos y las fuerzas creadoras de un grandioso desenvolvimiento nacional; se forja al pueblo para el trabajo, el estudio y la cultura redentores;se le educa para el ejercicio de la democracia actuada y no mentida, para afrontar y vencer a la reacción y a la demagogia, alternativamente, y a su secuela: la **tiranía** con su cortejo de peculado, opresión, discordia, sangre y etxerminio; para redimir a los deheredados, frenar a los privilegiados, posibilitar la superación y la transformación graduales de la sociedad de la raíz a la fronda, dentro de un marco legal, jurídico, evolutivo, pacificador, civilizador con la orientación y el magno empeño puestos en el ideal nacional, dentro de nuestra ubicua hermandad neomúndica: para confinar al ejército a sus objetivos exclusivamente castrenses; a fin de que no intervengan en la política militante, evitando asimismo que la política subalterna acuda a la fuerza militar en demanda de favores; pues, a ésta hay que dejarla en paz dentro de la órbita de sus funciones privativas, como sostén de las instituciones y garante de las libertades públicas; es decir, abocada a cumplir su deber contraído con la República, a mandar o ser mandada, a tono con su propio espíritu, obligación e instrucción académicos.

Las elecciones últimas con todo y sus imponderables **acrecerán** y **consolidarán** el prestigio del Brasil, dentro y fuera, como pueblo que siembra ESCUELA y AGRICULTURA, y cosecha hombres creadores de riqueza espiritual y de grandeza material, capaces de garantizar la libre elección de los más aptos, la libérrima discusión de las ideas, de las personas y de las cosas: los fueros de la conciencia y las responsabilidades de los funcionares públicos.

A distancia y como estudioso de nuestras cosas americanas, simpaticé y adherí moralmente al bimonio político: **Juscelino Kubitschek y Joao Goulart**, legatarios del suicida presidente Cral. Getulio Vargas, trasmutado por el sacrificio de hombre apegado al poder en símbolo de una causa multitudinaria, patriótica; y líderes de los partidos "SOCIAL DEMOCRATA" y "LABORISTA". Su triunfo electoral era algo esperado, axiomático; habida cuenta de la mística política, de la continuidad histórica y de los programas doctrinarios, filosóficos y económicos que sirven de norma proselitista y de enlace aglutinante a los referidos partidos.

El ex-gobernador de **Minas Geraes** y su lugarteniente ex-ministro de Trabajo, del día **31** de enero próximo en adelante, tendrán en sus manos los instrumentos de la política brasileña, con el vigilante consorcio de los citados partidos, paladines del proletariado, de la media y pequeña burguesía, de algún sector intelectual pletórico de vida, de actividad y de vergüenza cívicas no entrevisto de lejos, e incluso de cierta masa neutra. Si fracasan en la cuestión de la cosa pública, por lo intrincado y complejo de la política social, económica y agraria pendiente de soluciones; o porque en la vorágine administrativa no les fuera dable plantearse, defender y realizar la política de grandes alientos democráticos preconizada en la propaganda electoral, de pacificación de los espíritus, de consolidación del régimen, de saneamiento de su economía, de incremento de su industria, agricultura, sanidad y fomento; en suma, si no pudieran hacer el bien previsto y revelado en su programa político, contraído a la liberación del trabajo, a la superación de la cultura patria y al mantenimiento íntegro, honrado y sincero de la libertad política, entonces quedarán **fichados** como ejecutores de una **politiquilla** regresiva, entreguista a uso y abuso de nuestras dictaduras americanas, repujadas de paniaguados, logreros, serviles y arribistas; pero, no habrá fracasado la democracia en el Brasil. Esta llamará a concurso electoral a la nación, en busca siempre de los mejores, contrastando méritos, servicios, realizaciones, conductas y capacidades; depurando sistemas, programas ideológicos, razones jurídicas, morales y económicas, para ver de elegir a los idóneos, capaces de asumir tamaña responsabilidad histórica.

Mientras, el Gral. Henrique Teixera Lott paró en seco la conjura encaminada a romper la continuidad del régimen republicano: el conato de destruir el encauzamiento jurídico y la trayectoria constitucional del Brasil. Al reivindicar el sufragio brasileño admitido de antemano como legítimo y valedero, optó entre el deber y el abuso, entre el régimen republicano y la contrarrevolución; decidiéndose por lo primero, afortunadamente. Merece, pues, bien de la patria.

Por acá estamos en vísperas del período y de la lucha comiciales. Los que ostentan y detentan el poder, engreídos de ambición, de riqueza y de impunismo, fían su triunfo a la fuerza bruta, al dinero, al fraude electoral y a sus consignas dinásticas consabidas. Pero, el pueblo nicaragüense cansado ya de régimen tan ominoso, sabrá oponer al turbión continuista, a la oligarquía dinástica que nos tiene vocados al destierro, al suplicio o a la muerte, el civismo vigilante y el contrapeso de su propia democracia masiva, operante; y a la postre abatirá el desmán pretoriano. Veremos.

Nuestra norma política debe encaminarse a **resistir** la presión demoledora de la dictadura vigente; a sobreponerse al sacrificio que semejante situación administra a los **disidentes, proscritos en tierra propia**, y a combatirla oponiéndole el pueblo libre y organizado, activo y en marcha, rehecho por el **escarmiento**,

la sensatez y la cohesión frente al peligro común y a la renuncia acoquinada.

Que nuestra varonía y decisión patrióticas de antaño y de hogaño, nos agrupen y disciplinen con la consigna suprema de UNION NACIONAL, en busca de una legalidad republicana y de un aposentamiento político perdurables; depurados de extremismos y por ende, de los desbordamientos, trifulcas y bandazos a la usanza de los regímenes de fuerza.

Actuemos al conjuro del deber cívico y del instinto de conservación en pro del rescate de la República y del imperio de la Constitución, tutelada aquélla y abrogada ésta por una oligarquía ahita de ambición desalmada de poder, de riquezas, chapucerías y de humor belicoso; pero ayuna de cierta cordura que frena y modera la brega política de quienes fieles a su hechura moral e intelectual acatan las nociones cristianas de responsabilidad, rendición de cuentas y expiación; a sabiendas de que todo es finito, temporal y mudable en la vida: de que el terror, la venganza y el exterminio amén de ilícitos, sin inútiles y perniciosos para el logro de la bienandanza nacional: de que por encima de partidos y gobernantes de turno se alza el régimen, republicano, como algo absolutamente impersonal, como expresión de justicia, libertad y democracia.

José Angel Rodríguez

Estelí, Nicaragua, 27 de noviembre de 1955.

Retrato de un país

(En Rep. Amer.)

Como uno de aquellos emplumados maestros brujos que en las cosmogonías mayas pronosticaban el desastre o el apogeo de las cosas, un gran escritor de Guatemala, Luis Cardoza y Aragón, ha escrito sobre su pueblo un libro encantador y apasionante que constituía en los días de mi última andanza mexicana, uno de los mayores éxitos libreros. Se llama "G u a t e m a l a, las líneas de la mano" y aspira a ser un indispensable horóscopo de su país. Hablaban del libro por su raizal interpretación de lo criollo y lo indígena, por descubrir temas que frecuentemente se escapan a los historiadores profesionales, en todos los círculos de arqueólogos, escritores y artistas. Lo plástico y lo conceptual, la imagen y el juicio se equilibran en estas páginas simultáneamente desgarradoras y deleitantes.

Desde aquellos dioses "formadores y destructores" de que nos habla en el solemne paralelismo de sus sentencias y en extraordinarias metáforas el "Popol Vuh", la dulce y trágica tierra guatemalteca (uno de los más finos paisajes y una de las historias más viejas y turbulentas de América) fue escenario de migraciones, conquistas, violencias y sustituciones de pueblos cuya impronta se marcó en el monumental arte indígena y en las blancas iglesias y soportales de Antigua, Pompeya americana que se quedó dormida al pie de su volcán, un día lejano del siglo XVIII. Los poetas del "Popol Vuh", los constructores de Tikal; Pedro de Alvarado en su caballo de conquistador, la maravillosa crónica de Bernal Díaz, oidores, frailes, encomenderos y tiranos de alma sombría —Carrera, Estrada Cabrera, Ubico— se asocian a la contradictoria tradición de Guatemala. Es tierra donde coexisten la dulzura y el temor; la suma delicadeza del "dios del maíz" especie da Apolo maya modelado por un Praxiteles indígena que no era inferior al griego, y el sumo espanto de aquel "Señor Presidente" que noveló Miguel Angel Asturias. Y esta doble cara de un país donde se juntó la belleza con la adversidad histórica, es lo que nos trasmite con la más efusiva sensibilidad el libro de Cardoza y Aragón. Libro que todos los hispanoamericanos deben leer porque constituye, de cierto modo un viaje y prospección de las más remotas raíces de América y el psico-análisis poético (si estos términos pueden conciliarse) de una nación mestiza.

De acuerdo con un símbolo estético, grato al autor y que ya había desarrollado en un estudio muy valioso sobre Arte mexicano, si los pobladores europeos nos trajeron una cultura latina y mediterránea, condujeron a Cristo y a Apolo, en latitudes indígenas como las de Méjico y Guatemala encontraron otras culturas poseídas de espanto cósmico, de trágicas teogonías que aún gravitan hibridizadas y mestizadas en el alma de semejantes pueblos. Apolo y Coatlicue, dice el autor buscando los términos extremos del mestizaje cultural. Siglos, mitos y estilos de vida antípoda se ponen así a chocar en el alma del mexicano y del guatemalteco. Lo indígena que pretendieron avasallar u olvidar como un mal sueño. los "científicos" positivistas que aconsejaban a Porfirio Díaz, o los reglamentos policiales del señor Ubico, no es sólo Arte y

Arqueología y maravilla para los turistas, en ruinas, ferias populares y museos, sino palpitante problema social. Se cruzan, en Guatemala, un legado de mitos —que cuentan entre los más bellos de la tierra— y un paralelo legado de violencia e injusticia que plantea su dialéctica combativa a los hombres de hoy. Porque si los indios en sus fiestas, su liturgia, su rico arte popular nos invitan a un mundo mágico, muy distante de la mecanizada civilización contemporánea, las gentes feudales que las explotan son como los feroces albaceas de aquellos conquistadores que seguían a Pedro de Alvarado con su jauría de mastines. Y tanto dolor, tanta angustia ya hacía pensar a Bartolomé de Las Casas en el propio siglo de la conquista en formar en Guatemala una provincia evangélica de la "Vera Paz" donde reinase más ecuánime y sosegada concordia humana, donde ya no se hablara de indios y españoles, de opresores y oprimidos, de ricos y pobres sino de hijos de Cristo. Irónicamente la provincia de la "Vera Paz" (que así continúa llamándose) es ahora el dominio monopolista de una inmensa compañía extranjera donde los indios siguen trabajando como esclavos.

¡Qué luz para el historiador, el educador. el sociólogo, arroja este apasionado y hermoso libro! Porque también sería una solución positivista, puramente técnica y cuantitativa, la que resolvería el problema de semejante pueblo. Los necesarios cambios económicos para darles tierra, vestido, alfabeto, alimento o maquinaria a la norteamericana, a los indígenas, no serían efectivos si no se respeta, también, su alma cultural; si paralelamente a la tradición de los dominadores no se afirmase a la vez, el legado artístico y ritual que dejaron las antiguas razas. Si de náufragos de nuestra civilización mecanizada los indios no asciende a la plena dignidad de hombres; si no son algo más que folklore o nota pintoresca en las procesiones, las danzas y las ferias, para elevarse a una auténtica y laboriosa ciudadanía. Fray Bartolmé de Las Casas, el apóstol de la Vera Paz, aún tiene mucho que enseñar a los esclavistas de nuestro tiempo.

La conciencia de un país es en gran parte la fértil memoria de su pasado para afirmar su situación en el mundo y alumbrar su rumbo venidero. Quien no tiene Historia vaga entre las cosas y los seres con la inseguridad y casi con la vergüenza del hijo bastardo. Que esta Guatemala ahora tan mediatizada por las fuerzas de opresión e injusticia tiene una gran Historia; es una de las cunas de la más vieja cultura americana, nos lo recuerda en su prosa ejemplar Cardoza y Aragón. Si ahora se fortalece en casi todos los países hispano-americanos un creciente sentimiento nacional es como defensa de los pueblos débiles, ante la libertad y la economía condicionada que le imponen los más fuertes. "¿Tántos miles de hombres hablaremos inglés?", inquiría con espanto Rubén Darío. Pero contra la valorización puramente material de la Historia, uno de esos finos artífices de los mercados indígenas de Guatemala que describe con tanta gracia Cardoza y Aragón, pudiera darle una lección de estética y quizás de humanidad al más ensorbecido mercader de Chicago.

Siguiendo la metáfora maya, el autor del libro ha viajado "a la ceiba de las leyendas" a la "selva de la memoria", ha interpretado lo que en una frase admirable llama "los silencios apretujados y sumergidos" de su pueblo, o recoge el "canto robado que se fué puliendo en el recorrido del tiempo". para darnos esta imagen en varios pisos y dimensiones de la tierra guatemalteca. Como él mismo lo dice ha "seguido el plan de un rumbo y la descripción del mismo, con finalidad poética, es decir hambrienta de perentoria verdad práctica". Y para descubrir eso que don Miguel de Unamuno llamaba la "intra-historia", lo que está más allá de las cifras y de la estadística porque pertenece también al mundo del alma, no le sirven tan sólo los documentos —que los maneja cualquiera— sino su intuición de gran artista. Es la mejor Historia porque fue sufrida, soñada y sellada de sus más íntimas experiencias.

Mariano Picón Salas

Caracas. 1956.

Página Lírica

De *SOL RUBEN de la BORBOLLA*

(En Rep. Amer.)

—UNIVERSO VACIO—

Sol Rubén de la Borbolla
¿quién eres? ¿en dónde estás?
Lo que sabes hoy ahora,
lo que sucedió ayer antes,
Sol Rubén de la Borbolla
luego pronto olvidarás.

Sol Rubén de la Borbolla
tus hijos te adelgazarán,
hilitos en la memoria
tus nietos ya no tendrán.

Sol
—¡qué responsabilidad!—
Rubén
—¡es imposible huir!—
Borbolla
—¡ay! ¡cómo pesa la sociedad!—

El nombre que me rescata
es mi universo vacío.
¡La partida de bautismo
será una bonita lápida!

París, 22 de mayo de 1956.

—"LE VERT GALANT"—

Como sabio amante viejo
vas frotando voluptuoso
tu lascivia contra el lomo
de la margen preferida.

Al bifurcar en la isla
de en medio tus aguas quietas,
tranquilas tienen la misma
mimosa espera de hembra.

Río ambiguo, adulado,
querido por los poetas,
dime el secreto antiguo
que nuestro siglo ha perdido.

Puentes humanos te huyen
escapando al tiempo transversal;
tus cuatro orillas afluyen
a longitudinal eternidad.

Todos los naufragios del mundo
marchan en ti hacia la sal;
río anónimo: te llamo Soledad,
Espera, Nostalgia, Ansiedad.

París, 2 de junio de 1956.

—PUENTE—
(desde mi clara orilla)

Amor, te amo.
Pero no quieras llenarme
de caricias cóncavas las manos,
porque al resbalarme
lastiman mis secos dedos planos.

Amor, no avives
la sed sin agua
que en quieto cauce transcurre.
Arbol sembrado en el aire
de los cuatro puntos cardinales.

Amor, ve y vuelve
como te he conocido siempre:
dulcemente agrio, tierno y áspero.
Oscura orilla desconocida
sin puente y sin regreso.

París, 2 de junio de 1956.

—MIEDO—

No es miedo a la muerte
que es muerte,
sino a la que lo parece;
miedo a la araña que teje
sin concierto,
a la alimaña que muerde
sin dejar recuerdo.
Miedo a lo que pasa
y queda
y no se sucede.

Miedo a la cadena
de eslabones sueltos
concéntricos.
Miedo al miedo espiral
de dos trayectorias
que no se resolverá
ni al final
de la incógnita.
Miedo a las burbujas
que rompen los moldes
alejándose en sus ondas
e inventando las formas
en la memoria.
No es miedo a la muerte
que es muerte,
redonda,
sino a la que lo parece,
que es sombra.

París, 20 de mayo de 1956.

—MARINA—

a David

Todo gira.
Un rugido en sordina
aniquila
los últimos silencios.
Van y vienen las espumas
con la urgencia de la luna
en angustiosa premura
por la imposible pleamar.
Todo vibra
sordamente, no grita.
Rítmica
la playa recibe y da.
Acaricia
la epidermis del mar
la brisa,
y cándida viene y va
y mientras precipitan
en el suero, el yodo y la sal,
peces rojos exterminan
algas en la profundidad.

París, 8 de junio de 1956

—AVILA—

Piedra sobre piedra.

Angustioso deslizarse
bajo piel,
y salir
para fundirse
en el vaho de la piedra.

Piedra bajo piedra.

Apacible remansarse
sobre el suelo,
y quedar
adherida a la piedra
como polvo andariego.

Piedra en medio.

Avila, 13 de abril de 1956.

— CHARTRES—

El sol resbala por las agujas
—solas, solas—
Tiñendo cristales vuelan
mariposas
—azules, ingenuas, limones,
anecdóticas, rojas—
redondeando aristas
sobre las piedras, las angustias
y las sombras viscosas.

Barcelona, 8 de abril de 1956.

—PLACE VENDOME—

Bello rincón poético
en la noche:
me perteneces.
Doy gracias a tu único arquitecto.
Espléndida orquídea
en el día,
crecida en el tronco podrido,
te caminan los escapartes
del brazo de sus maridos.

Barcelona, 8 de abril de 1956.

—CHEZ DIOR—

Entre mil aromas exquisitos
¿dónde sentir el Olor?
¿Cómo morder el Sabor
entre mil cromáticas risas?
Coraza Dior de lisa superficie,
pegada a los vasos sanguíneos,
con uñas, cabellos, jaqueca y humo.

Barcelona, 8 de abril de 1956.

—CUARTA DIMENSION—

Lejano en el recuerdo,
vendrás mañana.
Estás,
te llamas.
Eres ajeno
como el viento y el agua.
Callas.
Te invento.
Mas el instante eterno
se cierra
y sólo queda el tic-tac.
Cuando vengas,
me habré ido.
Cuando estás,
no soy.
Tú recuerdas
mi olvido,
y no esperas.

París, 2 de julio de 1956.

—PARIS—

Laberíntico camino de puertas
que se entreabren
mirando por la cerradura.
Con la llave en los nudillos
llaman los padres,
los hijos,
los hijos de los hijos.
Abren: ellos mismos.

Madrid, 10 de abril de 1956.

—ALEVOSIA—

(a quien me hizo conocer el dolor, en toda su belleza).

Me mordió por dentro;
allí, donde más duele;
donde el calor se difunde y se hace líquido.
¿Dónde el oxígeno, dónde?
se ha ido a enriquecer la alegría
bailando, bailando,
afirmando.

Llegó quedo, quedito
como camina el zarpazo,
envuelta en seda la pata y elástico el paso.
¿Dónde la lágrima, dónde?
Se ha encerrado en puño cerrado en la garganta
apretando, apretando,
negando.

Se acercó cauteloso
como llega la sombra
y apagó la luz. Dejó la penumbra.
¿Dónde el relámpago, dónde?
Se ha fundido en mi alma
apagando, apagando,
dudando.

Resbaló deslizándose
como hiere la herida,
enjoyada la vaina y la hoja de plata fundida.
¿Dónde el gemido, dónde?
Ha enmudecido sordo y ondoso
vibrando, vibrando,
doliendo.

¿Dónde el suspiro, la lágrima,
el alba, el gemido?
¿Dónde lo que voy buscando,
buscando, buscando?

París, 25 de marzo de 1956

—RAICES—

a Daniel Rubén de la Borbolla.

Traje multicolores algarabías
chillándome en el pecho,
que se quedaron sin eco
en el Anáhuac,
en su silencio preñado
de esperanzas sin voz en el viento
y quejas sin lamento.

Traje aladas saudades melodiosas
de jóvenes ríos sin márgenes,
que hoy lloran la lágrima quieta
de Pátzcuaro,
trenzando en sus redes los sollozos
de armónicas nostalgias
sin línea melódica.

Traje en raudos torbellinos
frescos olores de selva
y rumores de misterios vivos
a las nieves eternas,
y hoy el viento es un suspiro
en el sedimento de siglos
de señorial presencia.

Llevo en mi sangre, sangres reunidas;
en mi alma, luz y sombra confundidas
un huapango me sube la cordillera andina,
y no sé si me duele la quena o la marimba.

París, 4 de junio d 1956.

—AFIRMACION—

Ven, ven, tú que no te has ido;
ven, tú que tienes nombre todavía;
ven a limpiar el aire que respiro
con tu olor a semilla.

Tú, a quien los buitres,
los chacales, las ratas y las víboras
me comieron
de la entraña apenas florecida.

Ven a revivir el instante rojo perfecto
de nuestra eucaristía;
ven a quitarme lo azul; tráeme el verde nuestro.

Ven trayéndome el galope, la resina,
el sudor, el horizonte;
a aliviarme la fatiga
de las hojas cayendo blandamente.

Ven a detener este ir llegando
sin haber salido todavía;
a ayudarme a conjugar
en un mismo verbo: ser y estar.

Ven, y juntos al hermano en paz
que proyecta en luz el museo,
con otros hermanos a la luna llevaremos
desde nuestro mundo nuevo.

Ven, mi amado mío, con la cordillera,
el gruñido, el misterio, el virgen asombro;
ven a alejarme el cansancio contagioso de los siglos.

Ven a colorear el cristal de este río;
a dar olor al viento; a la alegría, ritmo;
a poner harina entre mis dedos,
y música, al recuerdo.

Ven, ven a adelgazar mi ternura,
a despoblar mi soledad,
ven a mi herida abierta
tú, mi doliente mitad.

París, 21 de marzo de 1956.

De Clorito Picado se trata

En los excelentes CUADERNOS del Congreso por la Libertad de la Cultura, Número de Julio-Agosto de 1956, editado en Francia, el Prof. Guatemalteco, Carlos Martínez Durán, declara textualmente:

"En Costa Rica un modestísimo sabio, CLODOMIRO PICADO, fue el auténtico descubridor de la **penicilina**. Quizás no lo crean. Pero tenemos documentos probatorios de este aserto. Faltaba el medio social, el científico, el económico, el de las grandes empresas. Y así esta gran empresa del pensamiento nuestro, esta aventura experimental de nuestra ciencia, se durmió en el silencio, y no encontramos el modo de hacerla verdad".

Nota: El Prof. Carlos Martínez Durán es autor de una **Historia de la Medicina en Guatemala.**

Abogamos por la Cultura Americana

(*Circular*. Con el **Rep. Amer.**)

París, 22 de julio de 1956

Sr. Director

Estimado Colega:

Con esta misma fecha tenemos el gusto de enviarle por separado el Nº 19 de CUADERNOS, número extraordinario de 156 páginas dedicado íntegramente a la Cultura Latinoamericana (Letras, Bellas Artes, Ciencias). La lista de los temas y de los autores la encontrará usted en la propaganda adjunta.

Nos permitimos hacerle observar que, aunque incompleto —y no podía ser de otra manera—, es ésta quizá le primera vez que se intenta realizar semejante balance cultural en nuestra lengua. Sólo nos ha guiado un deseo: servir a la cultura latinoamericana, tan ignorada, no obstante su variedad y su riqueza, en el mundo de hoy. A este respecto nos es grato comunicarle que las revistas hermanas "Preuves" (París), "Tempo Presente" (Roma), "Encounter" (Londres), "Der Monat" (Berlín), "Forum" (Viena), "Quest" (India) y otras recogerán un resumen de estos aspectos culturales latinoamericanos reunidos en nuestro número especial.

Mucho le agradeceremos se sirva señalar la publicación de este número de CUADERNOS en la revista de su digna dirección, haciéndonos desde luego las críticas que juzgue convenientes.

Gracias anticipadas y reciba los saludos respetuosos de su colega que e. s. m.

Julián Gorkin

Director de "Cuadernos"

Un centenario...

(*Viene de la página anterior*)

Francia, y fue una sorpresa para mí no encontrar ni un solo artículo sobre Menéndez Pelayo. Después comprendí que mi sorpresa se debía a ignorancia; que los nombres y las ideas de los escritores como él, esclavos de los prejuicios, voluntariamente ápteros, no traspasan las fronteras de su patria, y menos las de países donde las ideas son hierro al rojo blanco siempre en el yunque, y siempre cambiantes bajo el martillo tenaz del más inconforme, del más valiente y del más libre.

CORNELIO HISPANO

Bogotá, noviembre 1956.

Un centenario
Sobre Menéndez Pelayo

Por **Cornelio Hispano**

(*Envío del autor*. En *Intermedio*. Bogotá, 12 de Novbre. de 1956)



Marcelino Menéndez Pelayo
Estatua de *Lorenzo Callaut Valera*

En estos días se ha conmemorado en Bogotá, con inusitado academismo, el centenario del nacimiento de Don Marcelino Menéndez Pelayo, y es lógico que así se conmemore en una ciudad mediterránea, muy distante del mar, y por estudiantes universitarios educados en un medio intelectual y moral casi coloniales, y es por esto que la exaltación de Menéndez Pelayo y de sus obras no parece lo más acertado para despertar en esos estudiantes universitarios ideas, sentimientos, aspiraciones, acordes con el tiempo en que vivimos, porque el hombre culto debe ser ante todo un hombre y debe pertenecer al tiempo en que le tocó vivir, acatar y defender sus ideas, o respetarlas, por peligrosas que parezcan; aceptar lo nuevo, comprender, tolerar lo que el transcurso del tiempo ha renovado porque lo nuevo es un paso adelante, es juventud, es alegría; trabajar con la firme esperanza de que nuestro legado intelectual o moral será duradero, no morirá con nosotros, y de que la antorcha que prendimos en el fuego sagrado de la Belleza y de la Verdad pasará a otras manos en las venturas generaciones

Pues bien; Menéndez Pelayo significa justamente lo contrario de esas ideas y aspiraciones. No creyó en el progreso de esas ideas y de que España pudiera algún día llegar a ser algo mejor de lo que fue en la época a que se refiere Hipólito Taine en sus ensayos "Essais de Critique et D'Histoire": "Sólo así se comprende por qué la Inquisición se arraigó en ese país, cómo ha podido contar entre sus servidores los más gloriosos poetas, encender hogueras hasta el umbral de la Revolución Francesa, hacer asistir a estas matanzas el rey, la reina y toda la Corte, quemar treinta mil personas vivas, abolir el pensamiento con la ciencia durante dos siglos. Que el lector considere su literatura donde, si se exceptúa una obra escrita por casualidad ("El Quijote"), la filosofía general y la verdadera ciencia del hombre no han construído un solo monumento". A los que no les guste este juicio del gran escritor francés, escritor, filósofo, crítico genial, autor de las grandes obras: "La Inteligencia", "Filosofía del Arte", "Historia de la Literatura Inglesa", "Los orígenes de la Francia Contemporánea", que causaron sensación en el mundo intelectual de su tiempo. o fines del siglo diez y nueve, pueden leer, si tienen valor para ello, "La Ciencia en España" de Menéndez Pelayo, y lo que sobre ese libro escribió el matemático español Rey Pastor, quien concluyó diciendo que "todo aquello, de La Ciencia en España, era papel impreso y mediocres producciones de medianos ingenios, cuando no garrafales y estrambóticos adefesios"....

Que lean los "Heterodoxos españoles" en que Menéndez Pelayo defendió y exaltó con ardor la Santa Inquisición, que hizo aislar a España del mundo civilizado durante toda una edad histórica y que, ya en su vejez, habiendo reimpreso el libro, se afirmó y ratificó en sus antiguas ideas santoficianas, y en ellas murió reacio e impenitente; que lean la "Historia de Las Ideas Estéticas en España", destinado a hacer la apología de todas las obras de literatura española contenidas en la Biblioteca de Rivadeneira, de letra menuda y apretada, inmenso archivo encuadernado de todas las letras españolas, en las que aparte de joyas de indiscutible calidad, todo lo demás es infecundo papel impreso, de fastidiosa y narcótica lectura.

Menéndez Pelayo, católico a macha martillo, dividía los autores en dos clases: los buenos y los malos, los que estaban dentro de la Iglesia Católica y los de fuera, inclusive los que se quedaron rezagados en el seno de Abraham. Cuando tropezaba con alguno de esos autores satánicos no pudo disimular su repugnancia, dígalo aquel prodigioso erudito inglés, de las postrimerías del siglo diez y ocho, Eduardo Gibbon, a quien no perdonó que hubiera explicado científicamente, después de veinticinco años de beberse las Bibliotecas de Europa, con sus palimpsestos, manuescritos, incunables, ezeviros, las razones filosóficas y causas humanas del principio, desarrollo y establecimiento del cristianismo en el mundo romano, cuando a él todo eso le pareció siempre obra de milagro patente. A Ernesto Renán no le abonó ni siquiera su aticismo e incomparable estilo. Acorde con sus ideas despreció y execró el gran siglo de Voltaire, que fue el cinquecento de la edad actual, maravillosa y fulgurante fragua de donde surgió la civilización actual.

En marzo de 1912, en vía hacia París, desembarqué con un amigo francés, el señor Cavolini, mi compañero desde Caracas, donde había ido a fundar una sucursal del Banco Dreyfus de París, desembarqué en el Puerto de Santander, recorrimos unas calles, y en una observamos un grupo de gentes al pie de un portón antiguo. El cochero nos informó que era la casa del Señor Menéndez Pelayo y que estaba agonizando. Traté de apearme del coche para conocer a Menéndez Pelayo, pero el señor Cavalini me dijo: "Pierde usted su tiempo; a estas horas el escritor que usted quiere conocer debe estar oyendo misa en su alcoba de enfermo y escuchando las oraciones de los difuntos. Recuerde usted que estamos en España, si ya no lo ha observado usted en el andar tan lento de este coche antidiluviano." Días después, ya en París, leí la noticia de la muerte de Menéndez Pelayo, me apresuré a comprar en esos días los grandes diarios y revistas literarias con la curiosidad de saber cómo juzgaban los escritores franceses al ultramontano polígrafo que acababa de morir tan cerca de

(*Concluye a la vuelta*)

Gabriela, cómo te recuerdo!

(Notas para los biógrafos de su alma.)

Colaboración de *Pedro Juan* LABARTHE

Oh Señor que estás en los cielos, si alguna vez he ido a Ti a pedirte un gran favor, es ahora, cuando espero me des dulzura en el decir y me aclares el entendimiento, pues quiero hablar de un arcángel, de Gabriela Mistral. Sé Señor, que ella ahora está muy cerquita de ti, pues tu palabra la hiciste aliento en su aliento y tu amor a los niños ella lo desparramó generosamente.

He rodado mucho por la cáscara de la tierra. ¡Me he estrujado con muchas almas, pero jamás encontré ser más luminosamente bondadoso, bueno bueno como Gabriela. ¡Cuánta humildad!

Cada uno que tuvo el privilegio de conocerla corazón adentro y no ropa afuera podría escribir sobre ella y de distinta manera. Sería fácil y difícil. Había misterio divino en ella como el de la Santísima Trinidad. Cada cual la interpretará de distinta manera y se escribirán muchas vidas como sobre Cristo se han escrito. Yo escribo como la sentí y la oí y talvez mi sentir y oír estén sin filos. Que estas notas mías sean útiles para los muchos biógrafos y serán muchos y ya lo son pues es manantial dulce de inmortalidad.

Olvidemos el año 1889. Olvidemos la geografía y cuna de nacimiento. Gabriela es de todas partes como una ciencia. La ciencia del amor humano. Amor franciscano. Meollo amoroso. Cáliz y Sacramento. Unción.

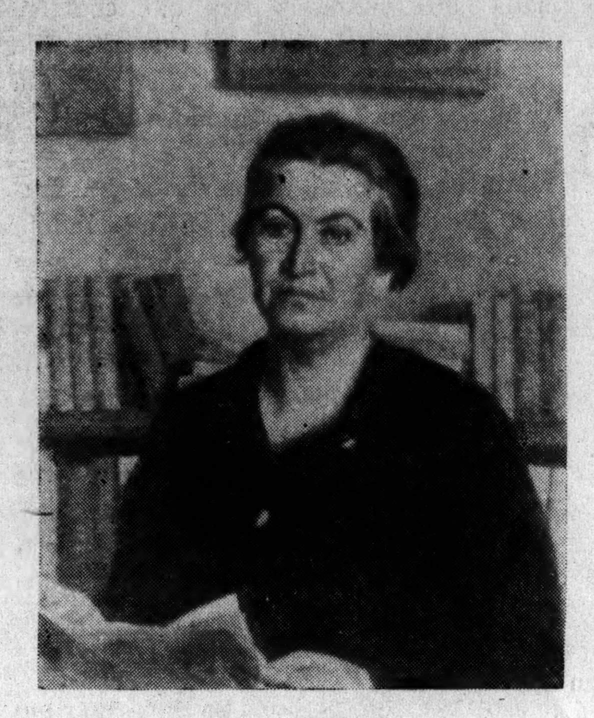
Podrían escribir sobre ella aquellos que se acercaron a ella con amor: Palmita Guillén, José Vasconcelos, Federico de Onís, Concha Conde, Pablo Neruda, Margot Arce, Luis Delano, Victoria Kent, Consuelo Salivia y Doris Dana. También el indio chileno, el indio mexicano, el jíbaro puertorriqueño, el roto peruano. También la tierra, el aceite, el pan, el mar, la palma, el barro, el cardo, el pez, el trigo, el maíz y el roble.

¡Cómo quería ella ser polvo, barro y pétalo y todo para continuar siendo útil al nido del ave, al niño y a la maestra! Ser ánfora para calmar la sed de todos.

Señor, ténme los ojos bien abiertos y los oídos. La veo, la escucho y la siento.

Primer encuentro:

Antes de besar su ruedo de su largo sayal de Maestra Rural en la Universidad de Columbia. ya el maestro bendito, Federico de Onís, nos había hablado de la compañera maestra. Sabíamos de sus "Sonetos a la Muerte", de su evangélica labor de educadora en Chile y en México. Sabíamos de su cooperación con Madame Curie Henri Bergson en la Liga de las Naciones en Ginebra. Todo eso ya lo sabíamos. Pero esas eran notas secas para las biografías de enciclopedias. De Onís nos leía con amor y ternura sus poemas y así despertó en nosotros el deseo vehemente de acercarnos a la "buena mujer".



Gabriela Mistral

(Por *López Mezquita*)

Nos matriculamos en sus clases de literatura hispanoamericana y fue el divino chispazo de conocimiento. Su cariño de hermana hacia Amado Nervo y su idolatría por Rubén Darío. Hablaba de su deuda con Andrés Bello, Sarmiento y de Hostos. Dejaba de discutir a los maestros y empezaba a filosofar en la misma clase sobre temas ajenos al curso y era entonces cuando era fogata, lumbre. Por Dios, Señor, que la veo como a tu HIJO, predicando. No, predicando no, haciéndonos conscientes de la vida. Y así, esas clases eran sus poemas más poemas, más vivos. Y era fuente, raudal y Monte Olivo.

Era toda miel cuando hablaba de José Martí. Empezamos a amar a México en ella. Su Alfonso Reyes, su Carlos Pellicer, su José de J. Núñez y Domínguez, su López y Fuente y así en caravana con Azuela, Guzmán, Monterde, Jiménez Rueda, Castro Leal. ¡Qué hermana genorosa con Juana, Delmira y Alfonsina! ¿Con los ya reconocidos? Oh no. Ella buscaba a los jóvenes y hacía juicios a Concha Conde, a Margot Arce, a Octavio Paz, a Carmen Alicia Cadilla, a Jorge Mañach, a Juan Marinello.

Sus clases no terminaban en las aulas. Nos invitaba a su apartamento en el Colegio Barnard y allí seguían las charlas informalmente. Se iban todos y el pobre jibarito de Puerto Rico, hambriento de luces se quedaba para prepararle su mate y a pasarle a maquinilla sus últimos poemas. Así y por virtud del cariño, nos hicimos su secretario con el sueldo de su voz, de su cariño, de sus enseñanzas.

Terminamos por comprar su pan y su leche y por pagar cuentas. De todas partes llegaban cartas, invitaciones. versos y manuscritos. Gabriela era un roble que velaba y daba sombras las veinticuatro horas del día. Unas pocas horas de descanso para sus cansados ojos y seguía como reventona granada dándose a ayudar a la humanidad. El mundo para ella era primero. Ella era tercera.

Leía cada cartita o carta, cada poema o verso y con esa generosidad tan virtud entre los grandes, jamás dejaba de contestar una nota, ni de animar a un botoncito de rosa que la miraba como a un milagro de Jesús.

Se ponía ella en el lugar de aquél que le escribía y esperaba una respuesta. La cortesía nació con Gabriela así con Alfonso Reyes y Rómulo Gallegos, que recordemos en este instante.

Muchos venían a visitarla de la colonia hispanoamericana en Nueva York. Era un ídolo y nadie para aquella época pensó que sería el primer Premio Nobel en literatura de Hispano América. Pero era la corona invisible que todos ya veían de laureles inmortales sobre sus sienes. Así la vió Federico de Onís cuando la trajo a la Universidad de Columbia.

Allí en donde ella veía la necesidad iba con la ayuda. Aprendimos en ella a llenar el favor antes de que se perdiera. Tenía intuición de sibilina y adivinaba. Fue poeta y los griegos dicen que los poetas somos adivinos.

Muchas veces creí que la engañaban con plañideras historias. Ella me enseñó a ver la vergüenza en aquél que pedía dinero. Yo tenía que abrir su cartera y dar, dar, dar.

Mis sábados y domingos y tardes libres y noches fueron de ella en el año que estuvo en la Universidad de Columbia. Así con ella por el barrio latino, por Greenwich Village y por los salones de los aristócratas de la Avenida Park. A ella debo haber conocido a Rabindranath Tagore. Ambos escribimos artículos sobre el gran poeta hindú. Entrevistó a Charles Lindberg antes de que éste hiciera su viaje por la América española y le dió sabios consejos. Recuerdo su linda opinión sobre Anne Morrow. La conceptuó "fina de espíritu, poeta".

Tenía un finísimo humor. Un día del mes de abril decidimos visitar la Estatua de la Libertad. Me dijo: "Labarthe, entrémosle por el alma arriba hasta el oído y pidámosle la libertad para su isla de Puerto Rico". Sobre esa visita a Miss Liberty escribió un artículo que voló por todo el mundo. Me honró nombrándome en el artículo.

Gustaba visitar las factorías y ver como el hombre se mecanizaba. Un día yendo a una fábrica de turbinas se detuvo frente a una aguja. Le pregunté qué miraba tan detenidamente. "La cara de Cristo en esa gota de aceite", me respondió.

En la fábrica de cristales se horrorizó al ver como se desfiguraba la cara de los que soplaban por largas cornetas el cristal para dar forma a las ánforas, vasos o floreros. Me enseñó a darle valor humano al producto terminado y listo para el uso. "No aceptes nunca sin dolor lo que usas, así como el alfiler, los botones de tu camisa, la suela de tus zapatos. Talvez la sangre del hombre las bautizó antes de que tú los usaras".

Tenía gran paciencia con el ignorante y atrevido. Desde muchacho de doce años escribía versos. Sólo los enseñaba a mi madre que por madre los encontraba buenos y se los enviaba a la abuelita. Con los años y ya habiendo leído a los maestros, los encontré yo muy malos. Un día me atreví a leérselos a la generosa Gabriela. "Son originales, Pedro Juan. Leélos otra y otra vez". Tomó varios, los puso en un sobre con una nota suya y los envió a don Joaquín García Monge del "Repertorio Americano". A ella le debo lo poco que valgo. Varias veces le leía aquellos poemas que yo consideraba muy buenos y con amistad sincera y leal me decía: ¡"Cuánta tinta mal gastada! No valen nada pero guárdalos para que confrontes". Gabriela jamás aduló. Jamás. Ella decía "Soy iodo para curar y no plumilla para acariciar". Así enseñó ella.

Amaba los corridos mexicanos, a Lucha Reyes, y me traía loco buscándole el último corrido nuevo. Muchas veces vi sus ojos húmedos escuchando la música de "El Venadito".

Viajaba con placas fonográficas, fonógrafo y muchos, pero muchos libros y poca ropa. Cuando era invitada a casa de los ricos iba tan y tan sencillamente vestida, sin joyas, que parecía más bien una estatua erecta de la diosa Ceres o una aldeana que irrumpía de la tierra en aquel instante: pura.

Reía con suavidad y sus manos eran ritmo a su sonrisa. Su tono de voz era monótono. Su peor enemigo de sus versos era ella cuando los leía, pero había un no sé qué en su voz que invitaba a seguir escuchándola.

Carlos Dávila me contaba que en 1952 cuando la honraron a ella con la Reina Madre de Inglaterra, en la Universidad de Columbia, tuvo que leer unas palabras, pero "su voz era pesada, pastosa pero de Biblia".

Fuese como profesora a Vassar y allí le seguía todos los fines de semana para contestar su correspondencia y escribir a maquinilla sus artículos y poemas y escucharla hablar, hablar de todo. Yo callaba. Una vez empezó a decir dislates y como yo no la corregía o le argumentaba me llamó "tonto o miedoso". "Aprenda a defender sus puntos de vista" y me trató de usted. Desde entonces tuvimos grandes polémicas verbales y por escrito y empezó a quererme más. (Llora Pedro Juan, recordándola, llora).

Estando en Vassar fue nombrada cónsul de Chile en Madrid, aunque ya había aceptado ir a Middlebury College ese verano, pero como dije antes, siempre queriendo ayudar al joven principiante, recomendó a la joven maestra puertorriqueña Margot Arce para que la substituyera. ¡Qué honor!

Antes de salir para Europa la presenté a Rómulo Gallegos en el hotel Pennsylvania, hoy Statler, de Nueva York. Cuando Rómulo la llamó doña Gabriela noté cierto rictus en su sonrisa de Mona Lisa. Al otro día me llamó y me encargó que le dijera a Gallegos que "cortara el doña. Sonaba feo".

Llamó al autor de "Doña Bárbara": "Centauro tímido y el único novelista de talla en nuestras letras".

Segundo encuentro:

La seguí a Madrid y allí en su consulado conocí a Palmita Guillén, a Pablo Neruda, a Luis Delano, a Concha Conde, a Margot Arce y a Victoria Kent. Allí leí el prólogo que acababa de escribir para un libro de versos de la poetisa de Puerto Rico, Carmen Alicia Cadilla.

De su vida en Madrid nada diré. Qué escriba sobre esos meses suyos allí Pablo Neruda ó Palmita Guillén. La Kent fue su leal amiga todo el tiempo. Me fuí a tomarle el pulso a varios amigos en Madrid sobre Gabriela. Estuve con Concha Espina, los Quintero, don Jacinto y con Ortega y Gasset. Este la consideró "extraordinaria".

Por años dejamos de vernos, pero nos escribíamos. (Hoy releo sus ochenta y dos cartas, telegramas y cables.) También hablamos por el teléfono. La distancia nada significó para nosotros.

Tercer encuentro:

Organicé como presidente del Club de Escritores de Pittsburgh un festival internacional de literatos. Entre los nombres en la lista estaban Maurois, Lin Yutang, Toynbee, Buddhadeva Bose, Dos Passos, Archibald Mac Leish, Madariaga, Claude Bowers y Gabriela Mistral. Fué mi huésped en mi humilde casa con su queridísima amiga-hija, Doris Dana, quien la ha visto morir.

Teniéndola frente a mí acabada, demacrada, ya enferma, no la veía con los ojos de 1954, pero con los ojos de 1932. Sí veía su cabellera gris, y oía su voz "pesada, pastosa pero de Biblia". Su andar era el de siempre, de labradora echando la semilla en los surcos de todos los caminos del mundo.

Leyó su poema "Geografía de Chile" en español. Doris traducía, pero tal era su magnetismo, que el público de habla inglesa prestaba más interés cuando ella leía aún cuando no la compren-

dían. Era su subyugadora personalidad. Su dulcedumbre. Era su "ángel".

Luego habló del indio y contó Doris como después de recibir el Premio Nobel en 1945 fué recibida en audiencia privada por su Santidad Pío XII. Su Santidad le preguntó si ella deseaba que él pidiera a Dios una gracia para ella. Gabriela contestó: "No Santo Padre, no ruegue por mí, ruegue por los indios de América." ¡Hermana espiritual de Fray Bartolomé de las Casas! Esa entrevista se publicó en el órgano del Vaticano. Nadie antes había pedido a Su Santidad que rogara por los pobres indios en pleno siglo XX.

Despedida:

Gabriela: ¡cómo te recuerdo! No te has ido de mi yo. En mi libro **"De mi yo"** tengo un canto a tus manos. Tus varias imágenes las llevo dentro, Maestra y guía. Si hoy escribo y siento la vida, la belleza, es por ti. Si amo el magisterio es porque tú me diste en carne y alma la oración de la maestra siendo discípulo tuyo. Si sufro la vida con dulzura es porque tú me hiciste sentir el divino tesoro del sufrimiento. Lo bueno en mí lo sembraste tú, Madre Gabriela. Soy dos veces huérfano.

Hablaré de tus dolores que te dieron conciencia de vida. Jamás miraste con ojos torvos a aquellos que por no comprenderte trataron de herirte, pero tú les dabas miel y endulzabas con tu mansedumbre. Diré que negaste ser buena y santa cuando allá en tu Chile campesinos te idolatraban y encendían candelas ante tu imagen. Hablaré de tu soledad y no soledad, ausencia de parientes y buena pesca de amigos. Desmentiré que si eras generosa era porque buscabas cariño cuando sí sé que fuiste generosa como naciste mujer. Si nos acercamos a ti fué por tu imán como rayo o centellas de luz para atraernos. Diré que este siglo tuvo un gran privilegio... el haber tú pisado los caminos y por allí por donde pasaste "el nardo nacía más fragante".

Te citaré tantas y tantas veces como a los Evangelios, como a las sabias leyes salomónicas.

Sabré perdonar porque tú me dijiste "El que no perdona lleva la espina del rencor dentro y esa espina te hace más daño a ti que al que no perdonas".

Me acercaré a los aristócratas del espíritu pero mi felicidad, como la que fué tuya, estará en dar a los jóvenes "un empujoncito" con el poco peso de mi valor".

No seré tacaño con la palabra. Siempre hablaré bien de todos y aún buscaré virtudes en mis enemigos.

Oraré siempre. Tú me enseñaste el valor de la oración y los milagros que puede hacer ese "motorcito" divino que el hombre lleva dentro: fe-motor.

Gabriela, mi eterna Gabriela tu regalo "La Imitación de Cristo" más "El Profeta", "La Biblia", "Don Quijote" y tu voz serán mis compañeros hasta que volvamos a vernos. Ruega por mi verso para que sea mi velita votiva ante tu memoria presente.

Pedro Juan Labarthe

Illinois Wesleyan University,
Bloomington, Ill, U.S.A.

El Hombre Bueno

Por *Alfonso REYES*

(*Vida Universitaria*, Monterrey, Nuevo León, México. Noviembre 1956.)

El Hombre Bueno de la República, con su sola conversación suave y moderada, lograba crear en torno a sí un ambiente de conciliación y avenencia. Tenía la voz terapéutica, una voz que pudiera registrarse entre lo que alguien llamo "remedios contra las pasiones". El escritor venezolano Pedro Emilio Coll solía decirse en Madrid: "Compañero, hay un peligro en la voz. No alce el tono en las discusiones, porque luego tiene que seguir su voz, y nunca sabe uno hasta dónde puede arrebatarse". Así, también, hay en la sola manera de hablar y de plantarse ante el prójimo, un comienzo de arreglo. La bondad de aquel hombre trascendía a su manera de hablar, a su aire de placidez serena. Se sentía uno a gusto. Se daba cuenta, a su lado, de que todo tiene compostura y remiendo con un poco de voluntad.

El valor de la benevolencia y la mansedumbre acaso no es bastante apreciado en épocas de sobresaltado desconcierto. Pero, vamos a cuentas, ¿no sabemos bien que aquel hombre bueno era, por dulzura y no por autoridad, por sencillez y no por aparatoso alarde, una de las influencias más poderosas en el ejército, en el generalato, la oficialidad y la tropa? De modo que aún en la clase armada, la voz de persuación puede tener más alcance que la voz de mando. Porque todos, ante todo, somos humanos: la bondad nos da en el corazón. No hay proyectil más certero ni de más plausibles efectos.

Antes de ocupar su alto encargo, el Hombre Bueno de la República había ya sufrido un primero y grave accidente, de que lo salvó nuestro Cardiólogo, como envolviéndolo en un encantamiento que, al menos, le permitiera vivir lo bastante para cumplir con la nación. El encantamiento se prolongó todavía algunos años, pero el corazón ya estaba muy afectado. Acabó de desbaratarse entre las emociones de la piedad y el salvamento, ahora cuando las inundaciones recientes.

Me sucedió un día caer también con un infarto que estuvo a punto de aniquilarme, y el Hombre Bueno de la República con su manso acento, me dijo entonces:

—No se preocupe, no se asuste. Usted y yo estamos bien garantizados. Somos los platos rajados de la vajilla.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Pues va de cuento —me dijo—. Esta era una familia que se compró en Inglaterra una valiosísima vajilla de lujo. Al deshacer cuidadosamente los paquetes, se encontraron con que un plato venía rajado. "Mucho cuidado con éste, dijo la señora, que está rajado, y estos platos valen mucho". Resultado: al cabo de dos años, toda la vajilla había desaparecido, con excepción del plato rajado. La moraleja, para los cardíacos, cae de su propio peso.

¡Ah, pero un día funesto de octubre "la que a nadie perdona" llamó temerosamente a su puerta! ¡Se nos ha ido el plato rajado! Evocamos la noble imagen y —sintiéndonos personalmente aludidos como tiene que ser por fuerza— murmuramos en voz baja aquella palabra del conmovedor Gutiérrez Nájera:

Ha de volver la pálida enlutada...
¿Quién de nosotros marchará primero?



La loma del sapo

Crónica en torno a un relato brunka

Colaboración de *Belisario* *FERNANDEZ SOTO*

(Ilustración del autor)

Quien haya viajado en canoa desde Currés, o desde Lagarto, rumbo al Oeste por el Río Grande de Térraba, forzosamente ha de haber cruzado, horas antes de llegar a la pequeña población de Palmar, frente a una eminencia selvática, inmenso peñón milenario cubierto de robustos troncos centenarios y de copiosísima vegetación, el cual, desafiando las tormentas de los siglos, se ha mantenido indómito y bravío para ofrecerse hoy a nuestra vista tal como lo contemplaron las pasadas generaciones en aquellos vírgenes dominios. Esa enorme mole que domina el curso del río como indestructible castillo señorial, ha sido conocida desde tiempo inmemorable con el nombre de la Loma del Sapo.

Al aproximarse el viajero al pie de la escarpa, percibirá en su centro una abertura que se profundiza y que se halla casi oculta por tupida maleza cuya raigambre se oculta entre los resquicios de salientes pétreos que asoman, aquí y allá, a manera de barbacanas de legendario torreón. Por lo oscura y lo profunda, esa grieta ha sido elegida como criadero por miles de murciélagos que no se pueden ver, pero que se oyen y que se adivinan entre las tinieblas de aquel misterioso recinto.

La Loma del Sapo! ¿Cuál fue el origen de ese nombre singular? Nadie lo sabe hoy con certeza. Subsisten, sin embargo, entre los escasos descendientes de las tribus que poblaron aquellos ubérrimos valles, fantásticas versiones acerca de su origen, una de las cuales refiere que aquel estratégico rincón fue ocupado por Huén-Ké, gigante antropófago, mitad hombre y mitad sapo, quien, desde un remoto pasado, se había adueñado de aquel paso fluvial, exigendo tributo a todos los viajeros que lo cruzaran. Y como el tráfico entre las tribus debía hacerse necesariamente por aquella vía tan expedita como rápida, el dueño y señor del río engordaba y se enriquecía a costa del trabajo de los sufridos pobladores.

Dícese que la gabela impuesta consistía de animales, vivos o sacrificados, que el voraz gigante engullía sin dar tregua a la tripa, y que, a falta de esa recompensa, exigía preseas de oro y jade que iba atesorando en su infernal cubil. Su desmedida codicia lo había llevado hasta secuestrar niños y aun jóvenes que viajaban con su mayores, y si el rescate por ellos no llegaba dentro de los tres días siguientes, los infelices eran también devorados. Así se aseguraba una alimentación permanente. En vano se había recurrido a toda clase de conjuros imaginados por los Curacas y Adivinos; en vano se le había tratado de sobornar para que se trasladara a otro lugar tierra adentro donde varias rancherías proveerían a su insaciable voracidad; el temible engendro se mantenía inconmovible, para desesperación y tormento de los Caciques y habitantes de la región, quienes lo temían como al mismísimo Demonio y lo soportaban como inapelable castigo de los dioses. Cuánto tiempo habrían de sufrir aquella maldición?

Diriak, joven y apuesto guerrero de la tribu del Cacique Arrokará ha emprendido viaje hacia el Poniente por el Gran Río. Transita solo, con sus armas y su ilusiones: Va radiante de felicidad a colmar un deseo vehemente que canta dulces endechas en su ardienete corazón... va a contraer nupcias con Dunuá, bella florecilla del jardín fragante de la vecina ranchería. Diriak ha cruzado con su canoa frente al peñasco y ha satisfecho el tributo exigido; mas, días después, al regresar en compañía de su bella desposada, al detenerse ante Huén-Ké para cubrir el derecho de paso, el gigante se niega a percibirlo y se apodera de la novia por la fuerza en un arrebato de salaz deseo. Diriak, sobreponiéndose al pavor que el ogro le inspira, empuña sus armas resueltamente y se dispone a rescatar a su amada a costa de su propia vida. Salta a la orilla lanza en mano, mientras Huén-Ké, arrojando a la desvanecida Dunuá dentro de la oscura madriguera, vuelve violento a ultimar a su osado retador. Los rivales se miden un instante: ciego de ira Huén-Ké se precipita sobre Diriak, pero éste, más ágil que su pesado enemigo, logra asestarle mortíferas lanzadas que le atraviesan el pecho de parte a parte. Con todo, la resistencia prodigiosa del coloso le ha permitido descargar fulminante golpe de hacha que divide el cráneo de su intrépido rival. En los estertores de la agonía, los contendientes se desploman sobre el impetuoso caudal que los arrolla y los arrastra en macabra confusión.

Vuelta en sí Dunuá, al darse cuenta de la sangrienta tragedia y descubrir a lo lejos el cuerpo de su amado arrastrado por las aguas, toma la barca y se lanza tras él llevada por la corriente como hoja que avienta el huracán. Su silueta se destaca en la penumbra crepuscular, y se va borrando hasta perderse de vista en el confín lejano en su viaje sin retorno.

Cuenta la superstición que al caer la noche, se oyen en la Loma del Sapo tristísimos lamentos de su alma errante que vuelve en busca de lo que nunca encuentra.

Apéndice.

Declina el día. Los últimos rayos de un sol muriente tiñen de arreboles las cumbres de las sierras, y las sombras comienzan a invadir los contornos del boscaje. En la quietud apacible del crepúsculo entona el guaco su plegaria vesperal y fuerte brisa comienza a mecer las fragosidades de aquella virgen selva tropical.

Al alejarnos de los bancos de aquella eminencia selvática, sobrecogidos después de haber escuchado el trágico relato, los vestigios de la historia toman cuerpo en nuestra mente y la fantasía nos remonta a un añoso pasado. Adivinamos fantasmas entre la espesura de la sombría floresta y se nos antoja oír voces misteriosas de olvidada antigüedad que agolpan en nuestro espíritu añoranzas de tiempos idos que más nunca volverán. Las ráfagas del viento cruzando veloz entre el ceibal, o el susurro murmurante de las linfas al colarse entre las rocas que los aluviones de los siglos han amontonado en las orillas, nos hacen llegar hondos lamentos y dolientes gemidos como de mujer que llora.... Imaginamos a Dunuá bogando a la deriva, solitaria peregrina en pos de un amor que murió al nacer, y a la luz incierta de un sol que agoniza en el océano entrevemos su figura quimérica esfumarse entre las brumas del paisaje. Pensamos entonces que aquel Río, inescrutable y eterno, guarda el secreto de su entrada al confín indefinible de la nada para surgir de nuevo en el mundo maravilloso de la fantasía, mágico beleño con que arrullamos nuestros pesares y engañamos nuestras tristezas....

Viajero errante: Si por deber o diversión aciertas a surcar frente a la Loma del Sapo en las horas agoreras en que despierta el cuyeo y las sombras vespertinas comienzan a invadir aquel recóndito paraje, presta atención a las parleras ondas que impulsan tu batel, y escucha con unción lo que el viento te dirá a través del totoral que ondula en las riberas del Dí-Kís. Oirás entonces el nostálgico mensaje de una estirpe desterrada al Reino de donde nadie ha vuelto.... oirás la triste queja de una raza extinta cuyo espíritu deambula entre la fronda....

Currés y Lagarto: Embarcaderos fluviales al S.E. de Boruca.
Huén-Ké: Sapo Rey.
Diriak: Pedernal del Río.
Dunuá: Tortolilla.
Dí-Kís: Agua Grande. (Río Grande)
Guaco. (Ibycter Americanus) Ave falcónida.
Cuyeo: (Nyctidromus Albicollis) Chotacabras de Costa Rica.

De nuevo con García Monge

(En *Intermedio*, Bogotá, 23 de junio del 56.)

Envío de *Mario Sta. Cruz*.

Hace diez años que estuvimos juntos, y siete que nos encontramos en el aeropuerto de San José. De entonces acá han llovido años y penas. Para don Joaquín los tiempos no han pasado.

Lo encontramos en una conferencia nuestra. Está igual. Pequeño, robusto, sonrosado y amable. Nos habla como si nos hubiésemos despedido la víspera. Nada ha enturbiado esta amistad y este aprecio. Cuando se tiene certeza de conducta, los años no corren. Los atesora uno en el alma. Se nos vuelven aroma.

La presencia de don Joaquín suscita diversos pensamientos. Realmente, en Costa Rica, donde reina una cultura ejemplar, don Joaquín debiera gozar de un status especial. Si no lo disfruta ha de buscarse la razón en causas especiales. No en la cultura en sí. En la política acaso. Torcedor de los pueblos, despertador de suspicacias.

"Repertorio Americano" es sin duda de las hazañas culturales más altas del idioma. Como soy curioso, trato de sondear reacciones. La primera de todas la del presidente Figueres. Encuentro en él elogios encendidos a don Joaquín. Luis Alberto Monge, en estos momentos Ministro de la Presidencia, se brinda a llevarnos a casa de don Joaquín, el día de la partida. No hay ya tiempo. El insiste. Le escuchamos frases de devoción que nos enorgullecen. La visita se ha hecho en espíritu, aunque no físicamente. Cambiamos nuevas palabras con don Joaquín, por el teléfono. Recordamos...

Luis Alberto Monge, que ahora regresa a reocupar su cargo de secretario general de la Orit, nos reseña, con la generosidad y el entusiasmo que lo caracterizan, la tarea de García Monge. No queremos ahondar. Comprendemos. Hay muchos para quienes se hace presente la obligación moral de cooperar con don Joaquín. No obstante cualquier prejuicio político. Porque, por encima de tales tropiezos, conserva don Joaquín su amor imperecedero a la libertad y la democracia.

Esto es algo que vale la pena subrayar, "Repertorio" fue siempre abrevadero de auténticos demócratas. García Monge no puso reparos a la filiación política de sus colaboradores. Primero les pidió que no estuvieran con ninguna dictadura; después, contra el fascismo. Si algún totalitarismo se le ha colado entre las mallas de su red, ello es fruto de espejismos también universales.

Sin proponérselo, don Joaquín resulta paradigma de urgencias latinoamericanas. Para él, ningún dictador es bueno, y ningún militarismo tolerable. Las consecuencias de tal actitud le tienen con menor cuidado. Vigila celosamente la aplicación de la fuerza y el uso de la ley. Nada con gobiernos que destierran, que aherrojan, que persiguen. Puede parecer todo esto decimonónico. No está mal que cada siglo posea su signo de grandeza. Si el liberalismo lo fue del XIX, no reneguemos de la libertad ni de quien la enarbole, sino de quien no la ha sabido defender.

Miramos a don Joaquín con ternura. Mientras dictamos nuestra conferencia, soslayamos a quienes se sientan detrás de nosotros, en el puesto de honor. Son hombres y mujeres insignes ellos, y ellas insignes y bellas. Al extremo izquierdo, don Joaquín. Cuando sus manos estrechan las nuestras como hace diez años, calurosamente, nos sentimos como condecorados. Sus expresiones son parcas, pero profundas. Así es "Repertorio", donde este gran catador de verdades y bellezas ha dejado borrarse su propio ser en aras de la cultura del continente.

Porque, recordémoslo: pocos escritores han tenido mejor vocación para el cuento y la novela. Los de don Joaquín son pequeños cuadros, irónicos, realistas, perfectos. No insistió en ellos para dar paso a los demás. Aquí, la inmortalización o la divulgación de Carmen Lyra, Omar Dengo, Froilán Turcios, Alberto Masferrer, Serafina Núñez, Fabián Dobles, Claudia Lars, y Gabriela, y Haya de la Torre y Neruda. Todos ungidos por la bendición de don Joaquín. A ella me acojo ahora.

LUIS ALBERTO SANCHEZ.

Santiago, Chile, 1956.

Una hermosa página de la Historia de América

Por *Joaquín* GUTIERREZ

(En *El Siglo* de Santiago de Chile, 5 de agosto de 1956)

Desde la cárcel pública de Santiago, un ciudadano preso me ha enviado en forma anónima un significativo regalo: se trata de un tomo de "Nuevas Poesías" del poeta chileno Guillermo Matta, editado en Leipzig, Alemania, en 1887. El primer poema del libro se titula "A América" y trae al pie una nota que dice:

"Estos versos fueron escritos en la época como se ve por la fecha, en que Walker y sus atrevidos filibusteros se habían apoderado de Nicaragua, amenazando a las otras repúblicas de Centro América y queriendo añadir nuevos Estados esclavócratas a la Confederación del Norte" (Estados Unidos). "En toda la América del Sur, hubo un grito de reprobación unánime".

El poema aparece fechado en 1857.

Aparte de agradecer el regalo del ciudadano que, 100 años justos después del poema vuelve a rendir con su gesto un homenaje chileno a una página de libertad y gloria americanas, quiero recordar brevemente esos hechos históricos, casi increíbles y terriblemente vigentes. (Piénsese en Guatemala).

"EL DIA DEL ERIZO"

Quien llegue a San José de Costa Rica y pregunte por el Monumento Nacional lo llevarán al más hermoso parque de la ciudad, en donde, esculpidos en bronce avanzan, guiados por la libertad semi-desnuda, los soldados campesinos centroamericanos, pisoteando los cadáveres de los filibusteros de Walker. Y cada año en Costa Rica se celebra y se recuerda el 11 de abril de 1856, como la más vibrante fecha de nuestra historia. Ese día los escolares van a la ciudad de Alajuela a rendir tributo de admiración a Juan Santamaría, el corneta del Ejército de Liberación que se convirtió en el héroe popular máximo de esa guerra. Ese día se conoce como **El Día del Erizo**, apodo con que la tropa bautizó al corneta por su pelo lacio, reconociéndole así un carácter entrañablemente popular a toda esa gesta histórica,

EL "PRESIDENTE" WALKER

Pero retrocedamos 100 años. El Río San Juan, en Nicaragua, aparecía en ese tiempo, 50 años antes del Canal de Panamá, como la más viable vía interoceánica: los apetitos se cernían sobre ella incitados por el desarrollo capitalista del Oeste de los Estados Unidos. Un aventurero audaz, William Walker, abogado de Nueva Orleans, armó una banda de mercenarios y, aprovechando una lucha intestina en Nicaragua, entre liberales y conservadores, llegó, ocupó militarmente el país y se **hizo proclamar Presidente.** Su intento, además, hecho público, era el de convertir a los cinco países centroamericanos, en otros tantos Estados "esclavócratas", como dice con tanta precisión Guillermo Matta.

COSTA RICA DE PIE

En Costa Rica, país vecino al Sur de Nicaragua, el Presidente don Juan Rafael Mora vió claro el peligro: aquella primera marcha imperialista en el cuerpo de América Latina amenazaba con extenderse. Costa Rica era, en aquel tiempo, un país muy pequeño (120 mil habitantes) y muy pobre. Sin embargo, el Gobierno de Mora, progresista y emprendedor, había dado muchos trancos hacia adelante: se acababa de inaugurar el primer teatro formal, se había organizado el alumbrado de San José, se habían construido los edificios de la Universidad,, el Palacio Nacional, la Fábrica de Licores (hasta hoy un monopolio del Estado) y el Hospital San Juan de Dios. La expansión del cultivo del café había mejorado la renta nacional y elevado el nivel de vida. La necesidad de una paz duradera para continuar este crecimiento era evidente.

¡Pero la soberanía estaba en peligro!

Y Mora comprendió que la soberanía y la libertad tenían que ser salvaguardadas. En proclamas candentes puso al país en pie de guerra. El apoyo de toda la población fue inmediato y ardiente, y las únicas protestas surgieron del campo de los cafetaleros —los más ricos— tanto que uno de ellos llegó a preguntar al Presidente: ¿Y con qué financiaremos la guerra?

Mora, sin inmutarse, le contestó: —Primero con mi dinero y después con el suyo.

Se elevó a 9 mil hombres el Ejército nacional y se decretó un empréstito forzoso de $ 100.000, repartido entre las mayores fortunas (latifundistas principalmente). Más tarde, en la seguda parte de la campaña, Perú concedió un préstamo de 18 mil libras esterlinas, en uno de los más significativos gestos de solidaridad latinoamericana.

LA GUERRA

La guerra se inició y fue cruenta y sin cuartel. Los costarricenses, armados, con fusiles de chispa, luchaban en inferioridad de condiciones contra los filibusteros que ya contaban con rifles de repetición. Esto obligó al uso del arma blanca: machetes y bayonetas. Uno de los cornetas, que conocía los toques tradicionales pero que los consideraba insuficientes, inventó uno más, el toque: "¡A degüello!", pereciendo la primera vez que lo utilizó.

La guerra se centró en tres combates principales: Santa Rosa, Rivas y San Juan, estos dos últimos ya en suelo nicaragüense. Y fue en Rivas donde el anecdotario heroico se multiplicó.

Llovían las balas de los imperialistas que se habían atrincherado en el Mesón, imponente estructura que dominaba la plaza. En el momento en que un general, José Manuel Quirós, arengaba a la tropa que estaba sufriendo grandes pérdidas, un soldado le advirtió: ¡Agáchese mi general!—

Y él contestó: —Los generales no se agachan—, recibiendo el tiro fatal un instante después.

Fue ese día, el 11 de abril de 1856, cuando otro corneta, el ya mencionado Juan Santamaría, en la paz pintor de brocha gorda, se ofreció para avanzar armado de un tea incendiaria a quemar el Mesón. Lo cumplió muriendo en la empresa. Sus últimas palabras fueron:

—¡Encárguense de mi madre!

EL FIN DE WALKER

La campaña terminó con la expulsión de Walker, quien logró escapar en un barco de guerra. En las filas del ejército costarricense prendió entonces el cólera que traería resultados mucho más desastrosos al extenderse por todo el país, dejando más de 10 mil muertos, ¡casi el 10% de la población!

Mientras los costarricenses eran sepultados por millares en zanjones y cubiertos de cal viva, Walker regresó a Estados Unidos y fue recibido en Nueva York triunfalmente, con arcos y flores, como un cónsul romano victorioso. Allí fue de nuevo financiado y armado y regresó al año siguiente a Centro América. Pero ahora fueron los 5 pueblos centroamericanos los que hirvieron en ira, se movilizaron y lo derrotaron. Esta vez fue capturado y fusilado.

Terminó así la campaña de los filibusteros. Página increíble en la historia de América en que un pueblo, el más pequeño de todos, hizo frente al "coloso del norte", mil veces más poderoso. Los estragos de la guerra fueron profundos pero se salvaron incólumes —esa vez— la libertad y la soberanía.

Concluye en la página siguiente.

EL POEMA DE MATTA

Por eso el regalo que me han hecho de este libro de poemas es para mí valiosísimo y quiero terminar citando algunas de las románticas y apasionadas cuartetas de Guillermo Mata:

¡América! Sacude la inercia que te abate
Arroja las cadenas que oprimen tu valor;
¡Mañana llegar puede la hora del combate,
Mañana llegar puede la lucha del honor!

Tiranos comerciantes, a corso de riquezas
la América del Norte derrama sobre tí.
Caudillos del engaño coronan sus proezas.
Allí la astucia innoble, la humillación aquí.

Y si es preciso lucha para salvar tu tierra
del Yankee que tu vida sortea en el botín,
el bélico rebato y el trueno de la guerra
a todos nos convoquen para salvarla al fin.

Será un hermoso día, el día en que los Andes
armados a sus hijos en línea puedan ver;
y luego en la batalla morir como los grandes
¡Así para elevarse y así para caer!

Tinieblas del pasado y nubes de odio venza
brillante de esperanzas, el sol de la virtud.
¡La Libertad nos busca!... ¡El Porvenir comienza!
¡Arriba Americanos! ¡A la obra, juventud!

Joaquín Gutiérrez

Santiago de Chile 5-VIII.- 56

La soledad del justo

Por *Fernando VALERA*

(De *Intermedio*. Bogotá, agosto 13 de 1956)

Mi sentido reverencial de la vida me ha inclinado siempre a la admiración hacia los hombres eminentes y buenos que hallé en mi camino, y me dió en pago la compensación espiritual de sentirme estimado de ellos. Y cuando no llegué a merecer esa estimación, lo atribuí más a deficiencia mía que a injusticia suya. Me envanezco de haber merecido el afecto de Ortega y Gasset. Mi artículo "Despedida y Ofrenda" le conmovió sin duda, acaso más que por el valor literario que tuviera o no tuviera, por el gesto moral, insólito y gallardo entre españoles de reconocer la eminencia ajena. El maestro me expresó entonces su emoción con uno de los dos o tres elogios que he escuchado con agrado en mi ya larga vida y que me compensaron de tántas censuras y críticas inmotivadas que otros me prodigaron: "Yo estoy en deuda con Ud., como pensador y como hombre, y soy de los que pagan sus deudas", me dijo.

No tuvo ocasión de pagarme la deuda. Se interpuso el desgarramiento nacional, la rebelión, la guerra civil, la intervención extranjera, la revolución social, la derrota de la democracia española. En 1936, el infortunado pronunciamiento militar desencadenaba la tempestad en que habían de naufragar tres generaciones de españoles: la de Ortega, sorprendida en plena cosecha; la mía, que vió interrumpido su crecimiento cuando se acercaba a la madurez, y la siguiente que se prometía ubérrima a juzgar por la buena siembra y por las primeras floraciones.

El 18 de julio de 1936 fue para Ortega y Gasset, político y patriota, un cataclismo espiritual insoportable e insuperable. Al principio, y precisamente por gestión mía, él, Menéndez y Pidal, Marañón y otros intelectuales ilustres condenaban públicamente la rebelión militar; mas a las pocas horas surgía en la calle la otra rebelión, la de los incontrolados, y el espectro del terror y del odio se enseñoreaba de España. Don José no pudo soportar el espectáculo. Por otra parte, sus enemigos encubiertos, los envidiosos de toda la vida —Dios nos libre del rencor de los escritores resentidos y fracasados—, le acechaban y amenazaban, y el gobierno carecía de instrumentos de poder con que asegurar la integridad personal de nadie, pues que la mayoría de la fuerza pública se había echado al monte y, consiguientemente, en las ciudades andaban sueltos los bandidos. Y don José hubo de ausentarse de España.

Rodolfo Llopis, por orden de Largo Caballero, le custodió y acompañó hasta el puerto de Alicante. Con el alma desgarrada, volviéndose a contemplar el áspero cerro blanquecino donde se yergue el castillo de Santa Bárbara —akra leuka, la montaña blanca de los griegos, de donde acaso venga el actual nombre de Alicante—, dando rienda suelta al dolor de su alma, don José dijo a su custodio y acompañante: "He ahí a España. Seca como esa roca. Aridez sin ternura, Ni un árbol, ni una planta, ni una gota de agua".

La filosofía del espectador caía por tierra, y el yo del filósofo tomaba por mundo real la proyección de sus propios estados de conciencia. Le hubiera bastado trepar a lo alto de akra leuka, la montaña blanca, para divisar al otro lado la playa de San Juan, y tras las estípites esbeltas de las palmeras, adivinar, más lejos, la pedrería de los almendros, los parrales de oro de Denia, el espejo de plata de los arrozales en la ribera del Júcar y, al fin, los campos de naranjos y limoneros que con bocanadas impregnadas de azahar anuncian al contemplador asombrado esa espléndida bendición del Mediterráneo que se llama Valencia.

—"No, don José. España es eso... y lo otro", le replicó Llopis, respetuoso pero enérgico.

Pocos días antes, en una plática de amigos a la que asistíamos él, Díaz del Moral —el insigne notario de Bujalance cuya historia de las luchas sociales en Andalucía es uno de los buenos libros de nuestro tiempo— y yo, me manifestaba el espanto y la sorpresa que la guerra civil le había producido.

—"Creía que la ferocidad del celtíbero había sido superada para siempre".

—"Yo no", le repliqué. La ferocidad no es una cualidad especial del alma española, como de ningún otro pueblo; sino un atavismo que todos los hombres llevamos latente en el estambre de nuestra conciencia. En efecto, luego he podido comprobar en mi errar de apátrida por el mundo, en mis estudios de humanista, que todos los hombres y pueblos llevan por igual en las profundidades de su sér el desierto y el oasis, el sol que abraza y el manantial que refresca, la arena implacable y la palmera piadosa que ofrece a las caravanas sus dátiles y su sombra. El mismo pueblo que escuchaba enternecido a Bach, a Mozart y a Beethoven, volvióse satánico al conjuro de los alaridos de Hitler.

Invito al lector a que relea y compare, por vía de ejemplo, el relato que Tucidides hace de la guerra civil de Corcira en el siglo V antes de nuestra Era, con el que Hurtado de Mendoza redactó en el siglo XVI para el rey don Felipe II de España, informándole de las atroci-

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
Editor
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡18.00

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

..."y concebí una federación de ideas."—E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan",—repitió Sarmiento.

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar.

Exterior:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

dades que moros y cristianos cometieron durante la rebelión de las Alpujarras. La ferocidad de nuestra guerra civil no era un fenómeno especificamente español; sino la repetición de lo acaecido en todas las guerras civiles de todos los pueblos, tiempos y latitudes. Una vez más el filósofo creía asomarse como espectador al mundo de su circunstancia y estaba, en realidad, contemplando la proyección del inmenso dolor de su alma desgarrada. La sola novedad de la guerra civil española fue la rapidez sorprendente con que en la zona republicana se rehizo en pocos meses un estado de derecho y una sociedad civilizada. Novedad tan insólita que en la zona franquista y a pesar de contar con el apoyo moral de la Iglesia Cristiana, no ha podido operarse al cabo de veinte años el milagro que en la zona republicana se realizó en pocos meses.

Y así fue como Ortega y Gasset se ausentó de España en 1936, para no volver en realidad a incomporarse más a ella, pues que, si bien, al cabo, harto de sufrir humillaciones en el extranjero, regresara un día al suelo patrio, nunca se sumó al séquito de los vencedores. Acaso fue débil; pero desde luego fue digno, y bien merece el respeto de sus adversarios y la veneración de su amigos.

Dicen que Pitágoras, hace más de veinticinco siglos, había enseñado aquello de: "Oh legislador, no hagas leyes para los pueblos; haz pueblo para las leyes". Porque Ortega y Gasset hizo pueblo, porque forjó conciencia de ciudadanía, podrá decirse de él, con el clásico, que su nombre perdurará en el epitafio viviente que no está escrito en labradas piedras, sino en el pensamiento de los hombres.

París, agosto, 1956.

La obra de Franz Kafka

Colaboración de *Ramón ROMERO*

Entre los grandes novelistas modernos Franz Kafka se asigna un número primario por la novedad de la exposición de argumentos que se van sucediendo en un mundo imaginario, subjetivo, profundamente humano. Los problemas tienen un punto central y a partir de allí el personaje de su novela entra en un camino muy largo, y mientras camina va resolviendo, a su manera, muchas situaciones de buen humor y de aspecto serio, fatalmente cruzadas en su esfuerzo de vivir. Trazada así la novela, el lector desea averiguar como termina la historia y tantos problemitas que otros, los que aparecen en su viaje interminable, le presentan.

Kafka quiso vivir a su antojo en un mundo azotado por la miseria moral que reinaba en su época y no le fue posible sustraerse a las influencias del medio ambiente social. De ahí que pensara en el problema de la libertad individual, procurando trasladar este anhelo a un personaje que viviera y razonara, luchando siempre, con el fin de despejar esa incógnita que presenta la existencia actual, y lo hace figurar en las batallas sin nombre que libra en la fugacidad de las páginas de su novela. **El Castillo.** Obliga a pensar si en realidad realizamos con plena libertad nuestros anhelos durante el breve tránsito, o si obedecemos, en los hechos, a una inteligencia de la vida que esta fuera de nosotros, pero que actúa, obligándonos contra nuestra voluntad a figurar en un tablero formado de antemano..

Walter Pater, el más grande humanista de los modernos tiempos, presiente una influencia ajena a nosotros que parece dominarnos enteramente, y por eso exclama: "En cada momento existe en el campo de nuestra atención un tono, un matiz, una emoción dignas de acaparar nuestro espíritu. Como sólo nos han sido concedidas algunas pulsaciones de una vida dramática y breve, constituye locura menospreciar una sola de las ocasiones de emoción que ella pueda ofrecernos. El objeto de la vida es ver cuanto hay que ver con los sentidos máximamente agudizados. Arder siempre, sin tasa, con esta llama pura y preciosa, y mantener este éxtasis: esto es lo que yo llamo triunfar en la vida".

El personaje razonador es un ser triste porque va examinando su propio drama, y esto es precisamente lo que da proporciones de grandeza a los seres que surgen inesperadamente en las obras de Dostoyewsky. Trasponen sus miserias en un hondo pensar frente a frente, en conversación frívola, pero todo natural, tan exacto, que parece que les oímos a nuestro lado, y en esto Kafka se acerca a Dostoyewsky, el creador del subjetivismo como expresión clara y determinante de las emociones profundas.

El señor K. —en la novela **El Castillo—**, a pesar de su escepticismo en lo que se refiere a las autoridades que gobiernan esa entidad, se expresa brutalmente de ellas, las desprecia con la ironía de un ser superior, pero al fin y al cabo se ve derrotado por la urdimbre humana, por la opinión y el querer de los que allí viven en el acomodo cobarde de la existencia.

Seduce, en el libro, esa ironía amarga del personaje en franca rebeldía. Accede, en circunstancias imprevistas, a lo sorpresivo como irremediable, y acepta un cargo de bedel de una escuela solamente para ver como termina una situación, y cumple con los menesteres más despreciables, y así va menospreciado y rabioso en busca de amores ficticios y protecciones nulas, siempre fugitivo y maltratado.

Kafka, rico en experiencias de escenografía puramente mental, une a su privilegio de gran escritor, la del diálogo perfecto, tan rico en matices de ironía y buen humor.

Managua, Nicaragua, 1956.